

¿Se nombrará al General Crowder, Ministro de los Estados Unidos en Cuba?

ASI LO DICE LA PRENSA DE WASHINGTON. LOS MERITOS CONTRAIDOS POR CROWDER EN LOS ESTADOS UNIDOS Y EN CUBA LA LECTURA DE UN DOMINGO.

Catorce horas de lectura instructiva en un solo día, como las que dedicamos a ese solaz antes de ayer, por ser Domingo, permiten siempre adquirir alguna instrucción, cuando, como nos sucede a nosotros, no somos ni siquiera un pálido reflejo de aquel Pico Della Mirandola, ánimo devoto en medio de aquellos semipaganos del renacimiento Florentino de la última mitad del siglo 15, de quien se decía que sabía de todas las cosas que se conocían en su tiempo (*De omni re scibili*) y de otras muchas; y nosotros leímos en ese día, primero el pequeño volumen de 154 páginas que forma el XI de las obras completas de Don Ricardo León, titulado "La voz de la sangre," que es conjunto de ensayos españoles, con un prólogo de don Antonio Maura, que nos supo a poco; de tal manera paladeábamos la sin par prosa de ambos hablistas insignes y hasta a veces notábamos, cómo hace apreciar Maura, que don Ricardo León tiene tal facilidad poética que hay en ese volumen muchos endecasílabos sin consonancia, que saltaron de la pluma del magnífico escritor como joyas inapreciables engarzadas en la resonante retórica de su prosa.

Si fuésemos a hablar de dos libros más que también leímos, no podríamos ocuparnos del cuarto de que algo queremos decir. Los dos que por hoy pasamos e nsilencio, son el "Mito de Monroe, de Carlos Pereyra, de 471 páginas. Es el otro "La Ilusión

Yanqui", de Eduardo Prado, de 263 páginas, que aunque fué escrito en 1893, es interesante para la Historia de la Doctrina de Monroe, en cuanto al Brasil se refiere.

Y luego leímos en el periódico "The Washington Post", del 15 del corriente: "Se dice que el general Pershing irá de Embajador a Francia y el general Crowder quedará en Cuba de Ministro."

El Mayor General Enoch H. Crowder, que es Juez Abogado, General del cuerpo jurídico del ejército de los Estados Unidos debió haber sido ascendido a Teniente General recientemente; pero, según se dijo, alguna oposición por parte del Departamento de la Guerra, impidió que se aprobase la ley de su ascenso, con palmaria injusticia, como luego veremos al aquilatar los méritos de ese distinguido General.

Después que el nuevo Congreso, que se ha convocado en Washington el día 11 del mes de Abril próximo, apruebe el ascenso del General, pasará al retiro, y entonces, según se dice, habiendo manifestado deseos de servir en la Cámara Diplomática, en

Cuba, se le nombrará Ministro de los Estados Unidos en esta República.

A nuestro juicio, y si a los hombres hay que juzgarlos por sus obras, el General Crowder es un hombre extraordinario, y para los cubanos un noble y cariñoso amigo. La ley del Poder Ejecutivo, la ley municipal, la ley electoral que son base del funcionamiento de los Municipios y el Poder Central y la Electoral, en todas partes difícil de redactar y hacer cumplir, obra de él y de algunos cubanos meritisimos son.

¿Quién duda que si Crowder no hubiese sido un sincero amigo de Cuba y de la soberanía cubana, hubiera podido aprovechar los momentos de protestas y de sonadas discordias para informar a cualquiera de los dos Gobiernos de su país, al de Wilson o al de Harding, que a ambos merecía completa confianza su consejo, que se imponía la intervención, máxime cuando a las enconadas luchas políticas se agregaba el desequilibrio económico en el que hubo consejos e informes de compatriotas suyos que él desovó, fijándose y aceptando en cambio lo propuesto por las autoridades cubanas, a las que se sumó en una continua cooperación? Nadie pudo excederle ni en nobleza, ni en rectitud, ni en laboriosidad.

Yo apenas si conozco de vista al General Crowder; pero con haber conocido su paciente labor en Cuba durante la segunda intervención, y conocer su maravillosa obra de plantear el servicio militar obligatorio en los Estados Unidos, país antimilitar hasta entonces, y poner en los distritos militares 4.000.000 de soldados, listos para ir a Francia a continuar la Gran Guerra, sería, es, por sí sola la obra más meritoria de la guerra, y sin exageración puede decirse que tanto ha contribuido a ganar la Gran Guerra Crowder, como Clemenceau, o Lloyd George. Estaba yo en Inglaterra en Marzo y Abril de 1916 cuando,

también para sustituir el alistamiento voluntario por el servicio militar obligatorio, hacían esfuerzos inauditos Asquith, Presidente del Consejo y Kitchener, Ministro de la Guerra; y me tocó estar en los Estados Unidos cuando Crowder con actividad pasmosa y reposada inteligencia llevaba a cabo la creación del ejército Norte Americano, cuyo esfuerzo él ha relatado en ese volumen de 367 páginas, publicado por "The Century Company" de New York. Se titula ese libro "The Spirit of selective Service" (El espíritu del servicio militar de selección), porque no sólo hubo que llamar a las armas 4.000.000 de soldados ap-

tos para el servicio, sino que ellos eran el resultado de la clasificación e inscripción de 24 millones de hombres de entre los cuales se hizo la selección, después de tener en cuenta las diversas causas de exención del servicio militar, también estudiadas y aplicadas por el mismo Crowder.

Y no se ha limitado a aplicar su sistema de inscribir, numerar, examinar, reconocer, elegir y enviar a los campamentos de instrucción a los soldados de la Unión Americana, sino que apunta la idea de que ese ingente mecanismo pudiera aplicarse a las cuestiones obreras.

Y no se crea que ese libro de Crowder, en donde por fuerza abundan las cifras y guarismos, es árido; al contrario es deleitoso; y así en la primera línea dice, con elegancia "El 28 de Junio de 1914 la baía de un asesino, al dar en un Archiducque austriaco, incendió la pira de una guerra mundial".

Pero no todas han sido satisfacciones para Mr. Crowder en esa inmensa labor suya para preparar los ejércitos americanos de la Gran Guerra que tan alto renombre adquirieron en Soissons, Argone y Saint Hiller; porque vió que un 30 por ciento, casi la tercera parte de esos hombres llamados a las filas no sabían leer ni escribir, eran totalmente analfabetos; y recientemente se dolió mucho de esa deficiencia el General Pershing, cuyas quejas recogía "The Washington Post" del primero del corriente en un artículo titulado "Revelación del General Pershing". En un discurso pronunciado por Pershing a los soldados heridos y enfermos se dolía con frase enérgica de ese abandono y decía: "Ese analfabetismo es un crimen y una vergüenza en nuestro escudo". Como los hombres inscriptos para el servicio militar llegaron hasta 24.324.021, de edad de 18 a 45 años, resultaría, dentro de esa proposición de 30 por ciento de analfabetos, que habría entre ellos 8.000.000 de hombres que no sabían leer ni escribir, lo que desdora el espíritu de superioridad que quiere asumir la Nación Norteamericana.

Tiburcio Castañeda

Diario de la Marina
Marzo 22/1921

DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA